

CAPITULO VI.

DE COMO ES CIERTA LA SENTENCIA QUE SE HALLA EN LOS MANUSCRITOS RABINOS, DE QUE TRES GATOS EN UN COSTAL NO PUEDEN ESTAR.

I.

La ley del 17 de Julio, en que se suspendió el pago de las convenciones extranjeras, afectó dolorosamente á la Europa, que hace tres siglos y medio encuentra su *caja* en el fondo de nuestras minas.

Ese banco que se llama México suspendía sus pagos, y los agiotistas y especuladores se presentaron en las plazas de Londres, París y Madrid, llorosos con la fatal noticia.

Los gobiernos cerraron ese librejo que se llama *Derecho de Gentes*, y que no pasa de una paparrucha sin significado.

Acordóse la vieja Europa de sus *ofensas*, de lo expuesto que estaban los *inocentes* de sus nacionales al furor asesino de los mexicanos, y se dispusieron á *intervenir* en los asuntos de México, pero bajo la condición de no alterar su régimen interior: eso quedaba en el secreto de la liga, aunque ya era conocido en Europa y América.

Francia é Inglaterra determinaron apoderarse de los puertos de Veracruz y Tampico, dejando fuera de combate á la España.

El embajador de S. M. Católica ofició al gabinete de la Granja, y las negociaciones se entablaron.

El ministro de la Gran Bretaña, de esa nación heroica que le dispensó protección á Napoleón el Grande, alojándolo suntuosamente en la isla de Santa Elena, y que tenía un centinela en la tumba del derrotado de Waterloo, temiendo se escapase el cadáver, tendió su mano á la Francia, diciéndole que la España no tenía inconveniente en que se firmara en Londres una convención.

La Francia aceptó por deferencia.

El señor ministro inglés contó la misma fábula al ministro español, que accedió, vista la opinión de los dos colegas; y mereced á este juego de cubiletes, se encontraron la España y la Francia, cuando menos lo pensaban, más allá del canal de la Mancha.

Del silencio y reserva de las elucubraciones diplomáticas, resultó la célebre *Convención de Londres*, que siguiendo

nuestro propósito histórico, diremos brevemente á nuestros lectores.

Por el primer artículo se convenía en el envío de fuerzas de mar y tierra para ocupar el litoral mexicano.

Por el segundo, las tres naciones se comprometían á no adquirir territorio alguno ni ventaja particular, y á no ejercer su influencia sobre la elección de los mexicanos respecto á la forma de su gobierno.

Por el tercero, se nombraba una comisión para la *distribución* del dinero que se recobrase.

Por el cuarto, se instaba á los Estados Unidos á adherirse á la convención.

He aquí en substancia el convenio firmado en Londres el 31 de Octubre de 861.

El último artículo se tuvo por no puesto, porque los hijos de Washington, que tienen mucho de *bellaco*, como decía Don Quijote, olieron el pastel europeo, y los dejaron venir en derechura al precipicio.

El convenio tripartito estaba signado; nada más faltaba su realización.

Aquel parto diplomático fué saludado por la Europa como la idea más luminosa, y Napoleón III la bautizó con aquellas pomposas frases de: "La intervención de México es el hecho más glorioso de mi reinado."

La *Bolsa* europea estaba de felicitación.

El viejo mundo se puso su armadura llena de orín, que estaba en el museo de los siglos médicos; cierto es que ya no la soportaba, y como el último caballero andante, emprendió el combate de los *molinos de viento*.

Los soberanos de las potencias aliadas participaron oficialmente su alta determinación, y la prensa cantó un *hossanna*, y las liras entonaron himnos patrióticos á la diosa Conquista, y las naves guerreras se enfloraron, y las baterías dieron su voto de felicidad á los ejércitos conquistadores.

II

Los mexicanos intervencionistas se agitaron, como si la Europa hubiese contado con ellos para el rudo golpe que se preparaba.

Almonte dispuso su viaje para México, y Gutiérrez Estrada que desde 1840 había trabajado por la monarquía, se dirigió á Viena, porque el caduco plan de Iguala llamaba al trono de México á un príncipe de la casa de Borbón ó á un archiduque de Austria.

Merced á este recuerdo histórico, surgió la candidatura de Fernando Maximiliano, á quien un destino fatal conducía desde entonces al desastroso término de su existencia.

Las notas diplomáticas vieron la luz pública, y las calumnias más groseras, las apreciaciones más inexactas y el renzor menos disimulado, sirvieron de arma innoble jugada contra una nación débil en sus armas, pero invencible en su derecho.

La mayor parte de los extranjeros residentes en México deseaban la intervención, y acumulaban secretamente acusaciones contra los mexicanos. Para que se comprenda lo que vale la gratitud de aquellos á quienes México ha dispensado una franca hospitalidad, copiamos las palabras de Saligny en uno de sus despachos al gobierno de Francia.

"Sir Charles Wyke y yo hemos considerado la situación bajo un mismo punto de vista, y hemos obrado de completo acuerdo rompiendo nuestras relaciones con el gobierno mexicano. Esta determinación ha producido una profunda sensación. *La población francesa está unánime en su indignación contra este gobierno, y en su deseo de ver aplicarle un pronto y ejemplar castigo.*"

El ministro inglés era de la misma opinión al dirigirse á su gobierno:

"La intervención armada es indispensable para impedir que los súbditos británicos sean asesinados y robados impunemente bajo un gobierno tan corrompido é impotente."

Los nacionales franceses, como decía su honorable ministro, acudían á mostrarle anónimos amenazadores de muerte é incendio; pero no amedrentaban su ánimo esforzado esos manejos de los agentes del gobierno.

Ese pobre diplomático creía que el señor Juárez se ocupaba en amilanar á los que estaban amilanados de antemano bajo el peso de una difícil situación.

Largos serían el relato, é inserción de esos célebres despachos, hoy burla é irrisión del mundo entero, y que le han dado la muerte eclesiástica á sus autores.

Baste saber que la calumnia, con toda su deformidad, sirvió de pretexto, para consumir ese atentado que hoy condenan las mismas naciones que entraron en la ya para siempre, olvidada convención de Londres.

III.

La ciudad de Veracruz y el fuerte de San Juan de Ulúa, fueron entregados al general español por el Ayuntamiento.

Existe una litografía con un cuadro humillante para la autoridad municipal de Veracruz.

Los individuos del Ayuntamiento yacen cabizbajos ante la arrogancia del general Gasset, que con aspecto protector recibe la plaza.

El general, vestido con blusa de percal del color del pantalón; sombrero de paja, con el ala arremangada hacia el lado derecho, donde luce una cucarda amarilla, más bien parece mayoral de ingenio ó uno de esos mites que vemos en los dramas de Emilio Girardin y Pablo Feval.

Contrasta ese traje semi-chambergó, con el frac de aquellos tristes concejales tan humillados.

Protestamos contra ese cuadro, por contener un pensamiento calumnioso.

El Ayuntamiento de Veracruz, cumpliendo con la prevención gubernativa, se presentó á Gasset, más bien para hacerlo responsable de la situación, que para la entrega de la plaza, puesto que las instrucciones del Gobierno prohibían toda plática con el extranjero.

En ese momento, el general Uruga y el general La Llave, protestaron en nombre de México contra la violación del Territorio Mexicano.

A pocos días se avistaron las escuadras francesa é inglesa, mandada la primera por el almirante Jurien de la Gravier y la segunda por el comodoro Dunlop.

Los pabellones de la liga y el mexicano fueron enarbolados en el castillo y en la plaza.

La bandera de la patria llevaba en el asta el *Inri* de la conquista.

IV.

El 13 de Enero del año del Señor de 1862, se reunieron los plenipotenciarios en el palacio de Veracruz, llamando á su sesión al almirante y comodoro de las escuadras.

Dubois de Saligny es ya tan conocido de los lectores y corren tantas historias y cuentos picantes, que su biografía es capaz de despertar el buen humor á un hijo de la Gran Bretaña.

Sir Charles Wyke, Dunlop y Jurien de la Gravier venían á su negocio, y seguían en esa vía de injusticia y calumnia, ríeles sobre los que se deslizaba la locomotora intervencionista.

Estos cuatro sujetos son muy caballerosos en Europa. El general Prim, esa figura que se destaca en el cuadro de las glorias españolas, ese caballero digno de los tiempos anti-

guos, noble, generoso, defensor de las grandes causas, el héroe de África, era un elemento extraño en aquella reunión, en que se trataba de la muerte de una nacionalidad.

Ya conocemos á los hombres que iban á decidir del destino de México.

Abrióse la conferencia.

El general Prim leyó una proclama redactada de antemano; en ella se proscribía toda idea de conquista y de perturbación interior.

Los aliados la signaron, no obstante que Saligny no aprobó el pensamiento en general.

—Señores, dijo el ministro inglés, es necesario enviar nuestro *ultimatum* al gobierno de México.

—Yo estaría, dijo el francés, porque esas fórmulas se proscribieran y nuestras fuerzas adelantasen en son de guerra.

—Señor Conde, dijo Prim, esa conducta no es acorde con la proclama que acabamos de firmar.

Saligny hizo un movimiento de cabeza.

Jurien de la Graviere, que era más moderado que Saligny, optó por el *ultimatum*.

—Es necesario, insistió Saligny, acompañar una nota colectiva en que consten nuestras reclamaciones.

—Démonos cuenta, dijo Prim, de las pretensiones de cada uno, en lo que debemos estar de acuerdo.

Saligny sacó una gran lista de reclamaciones, entre las que figaban los "millones" de Jecker procedentes de algunos "miles" de pesos entregados al gobierno de Miramón.

Los aliados se encogieron de hombros ante una pretensión tan exagerada.

—Señor ministro, dijo Prim, la España se prestará con dificultad á dar su apoyo á ese expediente.

Exaltóse Saligny, y dijo con ese ardor tan francés, cuando se trata de dinero:

—Pues señor general, yo sostengo en nombre de la Francia esta reclamación, y será la primera que se presente.

Sir Charles Wyke, dijo:

—Yo me adhiero á la opinión del general Prim, me opongo á que la Francia cubra con la bandera de la liga una reclamación sobre un contrato leonino y oneroso.

—Traería un gran desprestigio sobre nosotros, añadió Prim, y más que nos hallamos en el primer momento de la intervención: ¿qué diría el pueblo mexicano si comenzamos por imponerle pago tan terrible como el que envuelve el negocio Jecker?

—La intervención, gritó Saligny, viene á hacer pagar todo, si, todo lo que nos defraudan esos hombres que forman el llamado Gobierno Mexicano.

—No estamos de acuerdo con esa especie vertida por el Sr.

Saligny, dijo Prim, y yo declaro que no apoyaré tales pretensiones.

Dunlop agregó que la causa no debía dirigirse sino á un objeto.

—Estamos convenidos en todo lo expuesto por los Sres. Wyke y Prim, dijo Jurien de la Graviere.

Saligny, al oír la voz del almirante francés, bufaba de furor: perdía en el primer encuentro, su gran negocio fracasaba, los millones se le escapaban de entre las manos.

—Puesto que no estamos de acuerdo, dijo Saligny, para transar la cuestión, redactemos una nota colectiva y reserve mos para después el presentar las reclamaciones.

—Aceptamos, dijeron Prim y Sir Wyke.

Mal camino llevaba la liga al pisar las arenas de un país, donde hace fiasco todo lo más grande y notable de la Europa.

Los elementos combustibles al reunirse, ocasionaría más tarde una explosión.

V.

Redactóse la nota, que nada quería decir; era simplemente la emisión del pensamiento intervencionista tras un antifaz hipócrita y desleal: aquella nota no tenía una respuesta determinada, ninguna exigencia, ninguna reclamación; era una especie de proclama á mano armada.

La primera palabra de la Europa al pisar el territorio, era confusa, y es que aquellos hombres no tenían valor para manifestarse; temblaban ante una nacionalidad señalada como víctima en los designios de los déspotas del Viejo Continente.

Hé aquí ese célebre documento:

“Tres grandes naciones no forman una alianza sólo para reclamar de un pueblo á quien afligen tan terribles males, la satisfacción de los agravios que se le hayan inferido; tres grandes naciones se unen, estrechan y obran en completo acuerdo para tender á ese pueblo una mano amiga y generosa que lo levante, sin humillarlo, de la tan lamentable postración en que se encuentra.

“El pueblo mexicano tiene su vida propia, tiene su historia y su nacionalidad, es pues absurda la sospecha de que entre en los planes de las tres naciones aliadas, al atentar contra la independencia de México.

“Por eso venimos á ser testigos, y si necesario fuese, protectores de la regeneración de México. Queremos asistir á su

organización definitiva sin intervención alguna en la forma de su gobierno, ni en la administración interior.

"A la República, sólo á ella, corresponde juzgar cuáles son las instituciones que más le acomodan á su bienestar y á los progresos de la civilización en el siglo XIX."

El gobierno mexicano no tenía en su alto desdén más respuesta, que la dada por el coronel Cambronne al intimársele rendición al perderse la batalla de Waterloo.

FIN DEL PRIMER TOMO.

ABRAHAM SANCHEZ ARCE, EDITOR.

EL SOL DE MAYO

Memorias de la Intervención Francesa.

NOVELA HISTÓRICA, MEXICANA.

ORIGINAL DE

Juan A. Mateos.

TOMO II.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1907

TEPIC-MEX.

IMPRENTA DE LOS TALLERES DE LA PENITENCIARIA.

1907.